



## SIN TÍTULO

**Paula Marcos Asín (ESO2B)**

Un cálido rayo de luz se dejaba ver entre las sombrías nubes de un suspiro de abril acariciando lentamente las mejillas hinchadas de Ana.

Fue una noche que empezó con odio, con dolor, con lágrimas que caían con fuerza de los ojos verdes de Ana, pero que poco a poco se convirtieron en gotas cristalinas de agua que recorrían su mejilla sin explicación.

En su mente estaban impregnadas las imágenes que horas antes había vivido: el cuerpo insignificante de su madre estaba tendido en el suelo sin el mayor atisbo de vida, iluminado tan solo por las luces de colores vivos de la ambulancia y la luz de la luna de la que fuera una noche dolorosa.

Ella recordaba la escena nublada por la gran cortina de lágrimas que cubrían sus aterrados ojos, oía de manera dispersa los gritos de la gente tapados por el fuerte sonido de los suspiros extraños de su corazón desbocado.

Lo que pasó después es algo que su mente borró como un mecanismo ante el dolor.

Ella sabía perfectamente que ese momento iba a llegar, pero nunca pensó que iba a ser tan doloroso. Su madre hacía tiempo que estaba gravemente enferma, pero, sin embargo, la ingenua Ana pensaba que tenía cura, que todo volvería a ser como antes. En los últimos meses su vida se reducía a largas temporadas en el hospital y charlas con la enfermera sobre su madre. Ana le contaba cómo era la preciosa sonrisa de su madre, el gran amor que tenía hacia la pintura, cómo eran sus preciosos cuadros, sus ganas de vivir y los recuerdos que siempre estarían en su mente. La enfermera le daba ánimos, pero a la vez la preparaba para el momento que iba a llegar irremediablemente. Lo que más ayudó a Ana en esos momentos fue la frase que un día pronunció la enfermera: “cuídate, la pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble que podrá hacer que te encuentre en cualquier lugar y estará ahí para darte fuerzas.” Ana se aferró a esa frase igual que un niño se agarra a la mano de su madre en una habitación llena de gente.

Y ese momento había llegado. Una tarde soleada, una de esas tardes que tanto le gustaban a su madre, estaban paseando por el paseo marítimo, cuando la madre de Ana se desplomó en el suelo con la insignificancia de una hoja otoñal caída de un árbol llevándose así una parte del corazón de Ana y negando los recuerdos y momentos que iban a vivir juntas, dejando un rastro de lágrimas, de dolor, de rabia y dejándola también sola en el mundo, ese mundo al que ella le tenía tanto asco porque la había arrebatado a la pintora que más quería en el mundo.